

vez el sello á una reprobación eterna, bien merecida por una vida criminal y un largo abuso de la misericordia. *A subitanea et improvisa morte libera nos, Domine*, ruega la Iglesia; y cierto, hermanos míos, que puede ser espantoso castigo la muerte repentina. De ésta podemos libertarnos, si, junto con invocar á Santa Bárbara, procuramos con tiempo apartar de nosotros las iras celestiales. No, no moriremos sin la gracia de los Sacramentos si, además de implorar la protección de nuestra santa patrona, no somos voluntariamente remisos para acercarnos á ellos en los tiempos prescritos por la Iglesia; si alimentamos constantemente sentimientos de religión, piedad y temor de Dios; si aspiramos, en fin, á imitar en algún modo los heroicos ejemplos que nos legó esta admirable doncella, mártir de la Trinidad.

13. Así lo comprueban cien páginas de la Historia eclesiástica. Permitidme hacer mención, para concluir, de los singulares favores de la Santa á un ilustre devoto suyo, honor y gloria de la mínima Compañía de Jesús, el seráfico joven San Estanislao de Kostka. Distinguíase el piadoso mancebo por una especial devoción á la gloriosa Virgen Santa Bárbara, patrona de la Congregación de jóvenes del Colegio de Viena de Austria, de la cual era prefecto Estanislao. Y ved aquí de cuán fina manera correspondió la santa Virgen al amor de su devoto. Acometido el joven de mortal dolencia creyó que iba á morir á los quince años; y lo más sensible para su corazón no era morir en la flor de la vida, sino morir sin Sacramentos, no siéndole dado recibirlos en la posada de un hereje. ¿Qué hace el angustiado enfermo sino volver los ojos á su amada patrona y recabar su auxilio en aquel trance? Bárbara le escucha, y ¡oh prodigio no increíble á quien cree en la Omni-

potencia! baja del cielo acompañada de ángeles, se acerca al lecho del piadoso moribundo, y hace que uno de aquellos bienaventurados espíritus le administre el viático del Cuerpo de Cristo. Estanislao no murió de aquella enfermedad; bastó empero que se hallara en inminente riesgo de salir de este mundo, para obtener de la Santa el favor extraordinario de ser comulgado de manos de los ángeles.

¡Cristianos! alentemos nuestra fe, reanimemos nuestra confianza y avivemos nuestra devoción á la esclarecida Virgen y Mártir, á cuyo culto consagramos la solemnidad de este día; y, ya que la piedad del vecindario y de la ciudad entera ha dado cima á la importante obra de la restauración del templo parroquial de su nombre, crezca de hoy más el fervor religioso de los feligreses, aumente en la parroquia la frecuencia de los Sacramentos y todo género de buenas obras, á fin de honrar con una conducta verdaderamente cristiana el nombre de nuestra querida patrona, y merecer algún día ser admitidos en la participación de su gloria por eternidad de eternidades. Así sea.

PANEGÍRICO DE SANTA FILOMENA, VIRGEN Y MÁRTIR

(predicado en Facatativá, Colombia, 1897).

Mulierem fortem quis inveniet?... Fortitudo
et decor indumentum eius.

¿Quién hallará una mujer fuerte?... La fuerza
y la belleza son sus atavíos.

Prov. 31, 10, 25.

1. ¿Á quién pensáis, hermanos míos, que tocó la gloria y la ventura de dar con el tesoro de esta mujer fuerte á la que hoy tributamos por vez primera fervo-

rosos cultos? ¡Amorosa Providencia del Señor! Pues, al virtuoso Pío VII de esclarecida memoria, al mismo Pontífice que se vió agobiado bajo el peso de la más cruel y feroz persecución por parte del soberbio Capitán, alzado por la ola revolucionaria sobre las ruinas de tronos seculares. Sí, cristianos, como para indemnizarle de tantos sufrimientos, no menos que para corroborar la fe del catolicismo escarnecido á principios de nuestro agitado siglo XIX, dispuso el Señor que por orden del mismo Pío VII se hiciesen nuevas excavaciones en la gran Catacumba ó Cementerio de Santa Priscila en Roma, y que el dichoso 25 de mayo de 1802 fuese descubierto, al cabo de quince siglos de sepultado, el sagrado cuerpo de la gloriosísima Virgen y Mártir de Cristo, Santa Filomena. ¡Hallazgo preciosísimo, como lo demuestra un siglo ya casi cumplido de gracias y prodigios debidos al poder de la recién conocida Esposa del Cordero! ¡He ahí la mujer fuerte, revestida de fortaleza heroica, no menos que de belleza virginal! *Fortitudo et decor indumentum eius*¹.

2. Nosotros, aunque más tarde que otros pueblos, hemos tenido al fin del siglo del descubrimiento, la dicha no pequeña de conocer á la gloriosa Virgen, y éste es el día en que, colocada solemnemente su sagrada imagen en el hermoso altar que la piedad de este pueblo le ha erigido, va á inaugurarse su culto, quedando sólidamente establecida su devoción, gracias al piadoso celo de los hijos del gran Padre San Agustín. Otras naciones de Europa, Asia y América nos habían precedido, debemos confesarlo con humilde ingenuidad; y entre ellas ¿quién duda que ha sido la nación chilena

¹ Prov. I. c.

una de las que más se han distinguido, entre todas las de América, por el tierno amor que profesan hoy sus católicos habitantes á la que veneran por patrona, la Virgen Santa Filomena? ¡Dichosa capital de Chile, ilustre ciudad de Santiago! Tú te glorías de poseer, entre tantos otros monumentos religiosos y civiles, un bellissimo santuario de la Santa, adonde acude multitud inmensa de peregrinos, atraída por favores sin cuento que allí milagrosamente se dispensan. El portentoso número de imágenes, medallas, historias, novenas y cordones de la Santa, repartidos á millares en aquel santuario, prueba con evidencia que no hay corazón chileno en que no arda la llama de la devoción á la Taumaturga del siglo, á la encantadora Santa Filomena.

3. ¡Pluguiera al cielo que todos los pueblos católicos imitasen tan bellos ejemplos, haciéndose por este medio partícipes de las gracias y favores de la bendita Santa! Para alentar más, si preciso fuere, vuestra devoción, amados fieles, voy á presentaros en algunos rasgos principales de la fisonomía de la gloriosa Filomena, las pruebas convincentes de la utilidad y excelencia de su culto; pues, como vais á ver, esta devoción: 1.º no puede ser más digna, atendido su nobilísimo objeto; 2.º ha sido hasta hoy y seguirá siendo fecunda en frutos de salvación para las almas. Imploramos los auxilios de lo alto por intercesión de la inmaculada Reina de las Vírgenes. *Ave María*.

I.

4. Esa delicada criatura, cuya graciosa efigie veis allí colocada en ostentoso trono, entre flores y luces, como luz de las flores y flor de exquisita fragancia, es, á no dudarlo, digna del renombre de mujer fuerte: fuerte

por la grandeza heroica de su espíritu, tanto más admirable cuanto era mayor la blandura del sexo y la debilidad del organismo. Filomena, niña de trece años, nacida allá en los poéticos valles de Mesenia, hija de la culta Grecia, de la madre del bien decir y de las Bellas Artes, trasladada providencialmente á la gran Roma, en los tiempos más pujantes del imperio, vencedora de todos los halagos y de todos los honores de paganismo: ved ahí un objeto digno y dignísimo del amor, de la admiración, del culto entusiasta del pueblo cristiano. Porque si éste se siente arrebatado en pos del mérito sobresaliente y del poder extraordinario de los grandes santos, ¿dónde hallará un conjunto más admirable de méritos y excelencias; dónde, un poder de intercesión más auténtico que en la gloriosa Virgen Santa Filomena? Díganlo Italia y Francia, España y las Américas, donde su devoción se ha propagado con asombrosa rapidez en pocos años. Aquí también se difundirá desde el punto que sea conocida.

5. ¿No la veis, tan hermosa, tan divina? No en vano en muchas ocasiones se ha dejado ver de sus devotos que la llamaban en inminentes riesgos, bajo la forma de una joven adornada de peregrina hermosura, según registran las historias de la milagrosa Filomena. Mas no os persuadáis, amadísimos oyentes, á que sea la belleza corpórea, aunque tan eximia y tan acreditada, la condición principal que hace de nuestra Virgen objeto de tan ardoroso culto. ¡Guárdenos Dios de confundir el culto religioso y cristiano, tributado á los santos, con ese otro género de adoración semipagana que rinden los ofuscados mortales á la belleza deslumbrante del sentido! Porque, aun tratándose de tan celestial doncella, queda firme la sentencia del Espíritu

Santo: *Fallax gratia et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum ipsa laudabitur*¹: «Engañosa es la gracia, y vana la hermosura: sólo la mujer temerosa del Señor debe ser ensalzada.» ¡Fragil belleza, efectivamente, la del cuerpo, que nuestra discreta Virgen supo despreciar desde muy tierna edad, consagrándose al Esposo divino en cuerpo y alma con el voto precoz de purísima virginidad! ¡Hermosura exterior, que no vaciló en perder entre tormentos la heroína, antes que afeár la gracia y el candor de su alma con la infidelidad y la vil apostasía! Ésta es la belleza que arrebató las miradas de Aquel que se recreó en hechura tan perfecta de sus manos, y que pudo y aun debió decirle, contemplándola: *Una est columba mea, perfecta mea, immaculata mea*²: «Entre tantas almas embellecidas con mi sangre y adornadas de mis gracias, ninguna vence á Filomena en perfecciones, porque yo he querido hacerla única por el candor y el heroísmo.»

6. En efecto, tal se nos representa esta virgen del siglo III de la Iglesia, émula de las Águedas, Ineses y Cecilias, todas piedras preciosísimas de valor inestimable: *Procul et de ultimis finibus pretium eius*³. Ateniéndonos, como prudentes, á la idea formada de ella por la Iglesia, de acuerdo con las revelaciones de la misma Santa, el ojo más perspicaz no alcanza á descubrir en esta flor de la Grecia, nacida milagrosamente sobre un trono, la más pequeña sombra de pecado que pudiera amancillar la pureza de una Esposa inmaculada de Jesucristo. La inocencia de un ángel se refleja en su límpida mirada, en la expresión de su rostro de alabastro teñido de carmín, en la apostura tan modesta

¹ Prov. 31, 30. ² Cant. 5, 8. ³ Prov. 31, 10.

como gallarda de toda su persona. Algo hay en ese rostro, en ese gesto, en esos ojos y frente virginal que no es hechizo pasajero de este mundo; algo hay de divino en esa niña, capaz de subyugar el orgullo y la arrogancia del fiero Diocleciano, capaz de suspender en muda admiración á toda su brillante corte reunida en los salones deslumbrantes del palacio de los Césares de Oriente. Y ese algo es la pureza, emanación del cielo; es el candor de la virgen cristiana, reflejo del candor y pureza de María, la Virgen de las vírgenes, la virginidad santa é inmaculada¹. De ahí ese continente majestuoso y sereno, verdaderamente regio, con que la veis presentarse ante el soberbio emperador, porque lleva en su pecho la nobleza de su condición de reina, no por haberla heredado efectivamente con la sangre, sino por haberse desposado místicamente con Cristo, Rey de reyes². Si sobre sus hombros se recoge graciosamente el manto de púrpura, propio de su elevada alcurnia; si adorna sus sienas rico cintillo de diamantes, y pulseras de oro ciñen sus ebúrneas manecitas, otro manto, más magnífico, de color de cielo la viste en lo interior de su alma, otra corona y arreos infinitamente más lujosos la embellecen por dentro á los ojos de Dios y de los ángeles. Ella puede afirmar como la encantadora Inés: «Cristo me ha ataviado de preciosas joyas, más brillantes que los rayos del sol de primavera.»³ «El anillo que llevo en la mano, él me lo dió en arras de nuestro desposorio, y como á esposa ciñóme real corona. Esposa soy de Aquel cuya belleza admiran el sol y la luna.»⁴ ¿No podremos, pues, decir de esta

¹ S. Aug.² Apoc. 9, 16.³ Aña. offic. S. Agnet.⁴ Eccl. in offic. S. Agnet.

bellísima doncella: *Fortitudo et decor indumentum eius*: «La fortaleza y la hermosura se reúnen para servirle de riquísimo indumento»?

7. En efecto, Filomena es tan esforzada y varonil como cándida y hermosa. Las almas no están sujetas á la fragilidad del sexo: por eso puede haber almas varoniles envueltas en débil organismo; y una niña tierna y delicada como la flor del campo, digo mejor, como la luz del cielo, puede ser, y lo fué de hecho, un prodigio de heroísmo. Filomena lleva en su mismo nombre¹ el destino de alumbrar, como antorcha refulgente, aquel horizonte cargado de tinieblas del fiero paganismo. La hija de la luz divina, la antorcha de la fe cristiana, debía resplandecer en medio de la horrosa noche de la persecución. ¿Quién sería capaz de apagarla ni debilitar sus resplandores? Todo el poder de Diocleciano; digo poco, todo el furor del más bárbaro perseguidor de la Iglesia; más todavía, toda la rabia de un regio amante despechado, no será parte á descorazonar á Filomena, ni mucho menos á derribar su heroica fortaleza. Miradla ya en el teatro de sus luchas y victorias. Preséntase al emperador en compañía de sus ancianos padres, amenazados de perder la corona, para implorar en favor de ellos la protección del poderoso imperio. Cautivo el monarca pagano de la belleza extremada de la hija de los príncipes griegos, no vacila en protegerlos con todo su poder, con sólo una condición, la de poseer la mano de la virgen y poder sentarla como emperatriz á la derecha de su trono. ¡Honor supremo, fortuna incomparable para una

¹ El autor supone que Fi — lumena, quiere decir *filia luminis* (Hist. de Santa Filomena).

mujer, según las ideas del mundo! ¡Dicha, jamás soñada ni merecida por una joven extranjera, la de compartir la soberana grandeza con un emperador del temple del orgulloso Diocleciano! Y luego, ¡qué mar de riquezas y delicias y honores no promete la imperial diadema á la afortunada mujer que supo apoderarse con sus mágicos encantos del corazón del déspota del universo! ¿No eran éstos los discursos corrientes en aquella época? ¿Qué digo? ¿no es éste mismo el modo de discurrir de la carne y sangre en todas las épocas presentes y pasadas? ¿no pensarían así muchísimas almas vulgares en pleno siglo XIX, á pesar de todas las luces del cristianismo y de las máximas del evangelio? ¡Ah! ¡de cuán diverso modo pensaba y sentía la Virgen Filomena! Ella decía indignada, como la otra doncella romana¹: «Aparta, aparta, infeliz mortal, que ya me ha prevenido otro divino amador; ya no me pertenezco á mí sino á Jesucristo, á quien tengo consagrada mi virginidad.»¹ ¡Alma de temple superior á todas las humanas grandezas, mejor dicho, á todas las vanidades y mentiras que seducen el corazón del hombre! ¡Pecho de diamante á quien no ablandan ni quebrantan lágrimas de los padres, ni halagos del tirano, ni amenazas de crueles tormentos y afrentosa muerte! Treinta y siete días privada de alimento, sepultada en horrorosa cárcel, soporta la heroína, atormentada cada día, más que por el hambre y las penalidades del sitio, por las instancias del emperador cada día más furioso, cuanto más desesperado de lograr el anhelado triunfo sobre el corazón de Filomena. La lucha no puede ya prolongarse por más tiempo. La Virgen santísima, Madre amorosa y

¹ Santa Inés.

reina de las vírgenes, en visión celestial conforta á su querida hija, á la hija de la luz, anunciándole una victoria cierta al cabo de tres días, mediante su favor y el auxilio del Omnipotente.

8. Así sucedió en efecto, carísimos hermanos; porque, impotente Diocleciano para doblegar la inflexible resistencia de la heroica niña, apela, como todos los tiranos, á la fuerza brutal, anhelando satisfacer su despecho con el placer de la venganza. ¿Vencerá la fuerza, ó quedará vencida? Vais á verlo. Filomena es entregada á infames verdugos para ser azotada públicamente con látigos armados de puntas de hierro: ¡qué infamia y qué barbarie! dignas una y otra del salvaje paganismo. Bañada en sangre la inocente víctima, pero lleno de alegría celestial el corazón de la Esposa del Cordero, del que fué también despedazado en el pretorio, arrojan de nuevo á la cárcel á la valerosa mártir; mas los ángeles descienden del cielo á curarle las llagas y restituirle la sanidad y lozanía de sus miembros. Más bella que nunca aparece entonces la Virgen vencedora. Es asaeteada con dardos encendidos; pero éstos se vuelven milagrosamente contra los mismos que los disparan, quedando algunos muertos, é intacta Filomena. La muchedumbre se conmueve con tantos prodigios, y el tirano tiembla y se revuelve rabioso en su mismo trono. Es preciso concluir con una resistencia que pone en ridículo la majestad del vencedor del mundo. «Que sea al instante sumergida en lo profundo del Tíber, atada á una pesada áncora, para que desaparezca de una vez la aborrecida cristiana»: tal es la orden imperial que se ejecuta al instante. Mas ¿qué nuevo prodigio hace subir de punto el entusiasmo de las turbas, compuestas de cristianos y gentiles, agol-